

Noticias y fotografías de Ramona Sainz, barquillera pamplonesa

News and photos of Ramona Saiz,
a waffle maker from Pamplona

Gurbindo Gil, Ricardo

Etnógrafo e historiador
r.gurbindo@gmail.com

BIBLID [ISSN: 1137-439X, eISSN: 2243-9940 (2021), 39; 81-97]

Recep.: 27.05.2021

Acep.: 15.10.2021

Resumen: Ramona Sainz fue la última pamplonesa que elaboraba barquillos al modo tradicional, para posteriormente venderlos de forma ambulante por las calles de la ciudad. Se presentan de forma conjunta las noticias de la actividad desempeñada por esta barquillera que han llegado hasta el día de hoy, junto a los testimonios fotográficos de la protagonista conservados y compartidos por su descendencia familiar. La combinación de las características de ambos tipos de fuentes no solo sirve para profundizar en las particularidades y aspectos relacionados con dicho oficio, sino que también nos aporta una faceta más humana y cercana de esta antigua ocupación.

Palabras clave: Barquillo. Barquillera. Oficio tradicional. Pamplona (Navarra).

Laburpena: Ramona Sainz izan zen barkilloak modu tradizionallean egiten zituen azken iruindarra, ondoren hiriko kaleetan zehar modu ibiltarian saltzeko. Artikulu honek batera aurkezten ditu barkillole horrek egindako jarduerari buruz gaurdaino iritsi diren albisteak eta protagonistaren argazki testigantzak, familiako ondorengoek kontserbatu eta partekatu dituztenak. Bi iturri mota horien ezaugarrien konbinazioak lanbide horrekin lotutako berezitasun eta alderdietan sakontzeko ez ezik, antzinako okupazio horren aurpegi gizatiarrago eta hurbilago bat ere ematen digu.

Gako hitzak: Barkilloa. Barkillo-saltzaile. Antzinako ogibidea. Iruñea (Nafarroa).

Résumé: Ramona Sainz était la dernière femme de Pampelune à fabriquer des oublies de manière traditionnelle, pour les vendre plus tard de manière ambulante dans les rues de la ville. L'activité exercée par cette marchande d'oublies est arrivée à nos jours grâce aux informations et aux témoignages photographiques de la protagoniste conservés et partagés par ses descendants familiaux. La combinaison de ces deux types de sources d'information permet d'approfondir les particularités et les aspects liés à la profession. Elle nous donne aussi une vision humaine et proche de ce métier traditionnel.

Mots clés: Oublie. Marchande d'oublies. Métier traditionnel. Pampelune (Navarre).

Abstract: Ramona Sainz was the last woman from Pamplona who made wafers in the traditional way and then sold them on the streets of the city. This article presents a combination of the news that has survived to the present day about the activity carried out by this waffle-maker and the photographic testimonies of the protagonist preserved and shared by her family descendants. The combination of the characteristics of both types of sources not only serves to delve deeper into the particularities and aspects related to this trade, but also provides us with a more human and closer look at this old occupation.

Keywords: Waffle. Waffle maker. Traditional job. Pamplona (Navarre).

Los barquillos salían de la garrafa con una rapidez un tanto mecánica. Había redondos y de los otros. Un chaval pidió de los dos y se fue feliz como unas pascuas. Mientras, doña Ramona Sainz sonreía abiertamente.

El Pensamiento Navarro, 25-7-1962.

PRESENTACIÓN

El término barquillera hace referencia tanto a la mujer que fabrica y posteriormente vende barquillos como al característico contenedor utilizado en la distribución ambulante de este delicioso producto. Al menos en su puesta en práctica tradicional, la actividad asociada a ambos conceptos nos remite necesariamente a tiempos pasados. En el contexto pamplonés fue en la década de los años setenta del siglo pasado cuando los últimos representantes de esta industria artesanal cesaron en su cometido.

Tal como suele ocurrir con las ocupaciones de las clases populares, en este caso nuestro conocimiento también queda limitado a ciertas generalidades del oficio y, por lo común, desconocemos la identidad y experiencias particulares de quienes dedicaron su vida a endulzar los paseos y momentos de ocio de una sociedad acostumbrada a disfrutar de los parques y plazas en mayor medida que la actual.

En este sentido, por suerte cada vez se es más consciente de la magnitud del valor que implica el importante legado inmaterial transmitido por los más mayores dentro del entorno familiar. La sensibilidad y actitud mostrada por los descendientes de Ramona Sainz Revuelta es un magnífico ejemplo al respecto. No solo han tenido la sensatez de conservar a lo largo del tiempo las vivencias y recuerdos fotográficos de su antepasada, sino que, persuadidos por el interés de los testimonios recibidos para la memoria colectiva, han decidido compartir estos con la comunidad.

Sin duda, es de agradecer el gesto de Julio Martínez y Saioa Martínez (padre e hija, a la vez que nieto y bisnieta de Ramona) al ceder a una institución pública como el *Archivo Municipal de Pamplona* las imágenes de una de las últimas barquilleras locales para hacerlas accesibles a toda la ciudadanía. Agradecimiento que por nuestra parte no podemos sino corroborar por la plena disposición mostrada por la familia a la hora de realizar esta semblanza gráfica.

Fruto de esta voluntad por poner en común dichas estampas particulares han tenido lugar iniciativas tan interesantes como la reciente exposición organizada por el Consejo Municipal de las Mujeres¹. El objetivo de esta muestra era presentar otra memoria fotográfica de Pamplona centrada en visibilizar el esencial y poco valorado papel desempeñado por la mitad femenina de la población. Entre las distintas instantáneas expuestas se encontraba una de Ramona Sainz, a pie de calle con la típica garrafa de barquillos, ejerciendo su tradicional oficio.

1. ANTECEDENTES Y CONTEXTO GENERAL

En cualquier caso, antes de acometer nuestro propósito principal y de centrarnos en la historia específica de Sainz, parece conveniente detenerse a considerar siquiera brevemente algunos de los precedentes locales en este mismo ámbito. Si bien es cierto que son pocas las noticias sobre los hombres y mujeres concretas empleadas en este quehacer, eso no fue impedimento para que en su día la corporación municipal reconociera su labor dedicándoles una pequeña y apartada, pero tranquila calle del Casco Antiguo. Como indica el detallado estudio de José Joaquín Arazuri sobre la toponimia pamplonesa, la concesión se acordó a finales de 1936 y fue ratificada en el pleno celebrado el 24 de marzo de 1937.

Evidentemente, la elección del espacio urbano para rendir homenaje a los barquilleros no fue casual, sino que respondía al habitual establecimiento en el mismo de estos artesanos culinarios. Gracias a Arazuri (1979, p. 77) conocemos la identidad de una de estas familias de barquilleros. Su historia comienza en 1876, cuando, al finalizar la guerra, José Gómez López, veterano carlista natural de Cantabria, decidió instalarse en una vivienda de la calle del Carmen

1. Roda Hernández, Paco (coord.). *Mujeres y cuidados: otra memoria fotográfica de Pamplona / Emakumeak eta zainketak: Iruñeko beste argazki-memoria bat*, Pamplona: Ayuntamiento de Pamplona, 2021.

que también tenía acceso desde la actual de Barquilleros. La incorporación de su esposa Josefa Martínez contribuyó a la consolidación del negocio, el cual continuó funcionando de la mano de Amalia Gómez, única hija del matrimonio.

El origen del barquillo se ha relacionado con la hostia u hoja redonda y delgada de pan ácimo consagrada en la eucaristía cristiana. El mismo proceso utilizado en la confección de la forma sagrada, pero incorporando azúcar es lo que da lugar a la oblea, lamina con la cual se elaboran los barquillos, además de cucuruchos, canutos, abanicos y otra serie de galletas de tamaños y formas diversas (Navajas, 2017, p. 8). Precisamente, este vínculo queda patente en los anuncios publicitarios que el referido barquillero José Gómez difundía en la prensa local para promocionar su género entre los pamploneses.

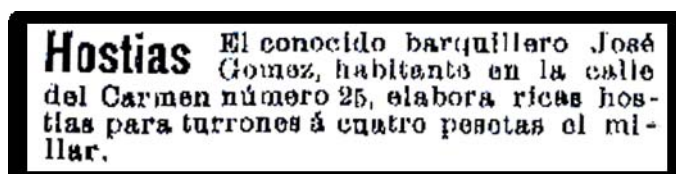


Figura 1
El Eco de Navarra, 21 de noviembre de 1907

En realidad, los productos elaborados por los barquilleros no eran ninguna novedad para los habitantes de Pamplona y no era necesaria mucha propaganda para darlos a conocer, ya que existe suficiente constancia de su implantación en la ciudad con sobrada antelación a ese momento. Nuevamente es en la obra de Arazuri sobre el callejero local donde encontramos estas referencias (1980, p. 77). En particular, la relación de ocupantes de las noventa y siete casas que configuraban la calle Estafeta por 1749 incluye la presencia de un barquillero entre el vecindario.

Más antigua y categórica respecto a lo acostumbrado de esta ocupación en la cotidianidad del lugar es la alusión directa que encontramos en una disposición legal de 1711 (Príncipe de Viana, 1974, p. 341). Nos referimos a una curiosa ordenanza que suprimió la venta ambulante de barquillos como medida para evitar las apuestas monetarias practicadas en la ruleta de la parte superior de la barquillera o bombo. Por lo visto, el mandato no surtió su efecto, lo que, como vemos en la siguiente cita, llevó a su prorrogación un año después insistiendo en la misma argumentación expuesta con anterioridad.

“Atendiendo a los perjuicios que se originaban a la causa pública de que los criados de los alojeros que andaban por las calles con barquillos, vendiendo con barajas y palillo, motivando a que los niños se apliquen al juego, solicitando maravedís para ellos y prorrumpan en blasfemias y juramentos y otros muchos inconvenientes, deseando obviar este abuso tan perjudicial, el Regimiento el año pasado ordenó que no anduvieran vendiendo barquillos por las calles”.

Por su parte, las noticias de la primera mitad del pasado siglo acerca del sector barquillero pamplonés son más explícitas en lo que a la identidad de sus miembros se refiere, pues contamos con las referencias incluidas en los anuarios y guías comerciales editadas en dicho período. De este modo, sabemos que en 1908 el aludido José Gómez se repartía la clientela con al menos otros cuatro colegas de oficio: José Monje, instalado en el número 40 de la calle Ciudadela, Martina Gómez, con domicilio social en el 35 de la calle Campana, Palmer Mauro y Pardo Marcos, estos dos últimos establecidos en los números 40 y 41 respectivamente de la calle Descalzos. El porcentaje de personas dedicadas a esta tarea se mantuvo en términos similares en las décadas posteriores inmediatas.

Entre quienes conocieron de primera mano el ambiente reinante en estos obradores se encontraba Javier Laspeñas, autor de un libro sobre curiosidades pamplonesas en el cual expuso numerosas anécdotas personales. En lo que a este tema se refiere, Laspeñas (1986, p. 100) recordaba cómo en su niñez se acercaban a estos hornos para adquirir de forma directa los recortes resultantes de la rotura de los barquillos. Muy a menudo la fragilidad del producto ocasionaba fácilmente su propia fractura y, como es lógico, estos pequeños pedazos quedaban excluidos de la venta al público.

Sin embargo, los barquilleros reservaban estos retales de barquillos para la chiquillería a cambio de un precio realmente reducido. Los muchachos acudían con un doble pliego de los periódicos de la época —los cuales se imprimían en un formato de dimensiones mayores que el actual—, y por tan solo cinco céntimos salían con la sábana informativa llena de “recortes surtidos”. Así mismo, el relato de Laspeñas expone el proceso seguido en la elaboración de los barquillos, pero abordaremos esta cuestión más adelante con los propios testimonios de Ramona Sainz.

Como decíamos, el número de barquilleros no experimentó una gran variación durante la primera mitad del siglo pasado. Según recogía la guía mercantil de Julio Rubio para el bienio 1952-1953, en ese momento eran cuatro los profesionales del ramo establecidos en Pamplona: Amalia Gómez continuaba con la tradición familiar en el número 37 de la calle del Carmen, José Revuelta desarrollaba su labor en los números 10 y 12 de Lindachiquia, Salvador Sainz hacía lo propio en el número 8 de la calle Tejería y, por último, Feliciano Martínez y Martínez tenía establecido su negocio en una de las casas de la Bajada del Portal Nuevo de la Rochapea.



Figura 2

Viñeta de Ángel María Pascual para una de sus *Silvas Curiosas*, en este caso dedicada a los barquilleros pamploneses (*Arriba España*, 27-2-1937). Con el uso de la abarca de madera o zueco cántabro, el dibujante buscaba reflejar la procedencia geográfica de muchos de estos artesanos

2. RAMONA Y EL PLACER DE SUS PARROQUIANOS

En este grupo de viviendas de la Bajada del Portal Nuevo ubicado en la orilla izquierda del Arga, actualmente en ruinas y completamente abandonado, encontramos la segunda referencia en la toponimia local al oficio que nos ocupa. Fue en la conocida como Casa de Barquilleros donde Ramona Sainz recaló después de su matrimonio con el mencionado Feliciano y desde este lugar continuó desarrollando una actividad que para entonces no le resultaba para nada desconocida.

Como adelantábamos, el patrimonio inmaterial familiar constituido a partir de fotografías y sentimientos transmitidos de forma intergeneracional constituye una herramienta excepcional para hacernos una idea de la particular trayectoria vital de Ramona y del oficio que desempeñaba, representación que, por extensión, bien puede ser extrapolable al conjunto general de personas ocupadas en la misma actividad. Por suerte, a la hora de esbozar este particular relato de vida, contamos también con declaraciones de la propia protagonista sobre su quehacer

diario que en su día fueron recogidas en diversas entrevistas periodísticas, manifestaciones que con el paso del tiempo han adquirido si cabe una mayor relevancia².

Las descripciones fisonómicas y temperamentales de Ramona incluidas en estas conversaciones mediáticas nos muestran una imagen amable de la barquillera. Joaquín Jiménez, corresponsal de *Diario de Navarra*, la presentaba como una mujer con un humor tan fabuloso como su aspecto: “cara pequeña, regordeta y colorada. Pelo blanco y estirado, que en tiempos fue rubio. Es baja y algo gruesa. Mandarra de vichí y un pañuelo verde a la cabeza”. En términos similares se expresaba también Pepa Marzo, de *El Pensamiento Navarro*. La reportera destacaba la ancha sonrisa de Ramona cuando hablaba y su intensa actividad. Por lo demás, la caracterizaba como “una señora más bien baja, de rostro simpático y curtido”.

Del mismo modo que muchos colegas de profesión procedían de zonas de Galicia y Cantabria, Ramona Sainz y su familia eran originarios de esta segunda región, en particular llegaron a Navarra desde la localidad de Vega de Pas. No obstante, el trayecto no fue directo, sino que, sin alejarse demasiado de su punto de partida, hicieron escala en el vecino territorio de Bizkaia. La estancia en Ondarroa se prolongó durante casi dos décadas que abarcaron la adolescencia y juventud de Ramona. En ese tiempo la familia Sainz-Revuelta se dedicó y especializó en la fabricación y venta de barquillos, por lo que, a su llegada a Pamplona, ya eran plenos conocedores del oficio.

De acuerdo con los testimonios aportados por Ramona a los periodistas interesados en su carrera profesional, se establecieron en Pamplona en los años treinta del pasado siglo y diversos anuncios divulgados en la prensa de la época así lo atestiguan. Su matrimonio con el barquillero Feliciano Martínez no hizo sino confirmar que su destino estaba ineludiblemente ligado a la elaboración y venta de barquillos. Durante unos años, el negocio familiar regentado por la nueva pareja y el gestionado por su hermano Salvador funcionaron de manera independiente, pero al transcurrir los años se unificaron en una única sociedad. De hecho, tal y como sanamente se vanagloriaba Ramona, la unión de las dos familias llegó a constituir la última industria de este tipo que quedaba en Pamplona en los años sesenta.

Desde luego, la actividad de los últimos barquilleros locales estuvo concebida como una iniciativa verdaderamente familiar, y en ella, además del marido y hermano de Ramona, también tomaron parte las descendientes de la pareja. Conforme se fueron casando o encontraron otras dedicaciones “más lucrativas”, las tres hijas dejaron el oficio de barquillera, pero no así el único varón, que continuó elaborando barquillos artesanalmente según el método tradicional en el edificio situado a orillas del Arga.

En una estancia aparte de la vivienda familiar, al estilo de un granero o almacén alargado, es donde se preparaban los barquillos. Se trataba de un local bastante amplio, con unas ventanas estrechas que permitían la entrada de la luz solar. En los rincones se acumulaban montañas de carbón y leña, combustible necesario para alimentar tres pequeños hornillos cuadrados en los que se calentaban unas planchas de hierro de doble hoja con mangos largos y empuñaduras de madera para no quemarse al manipularlas. Había planchas de diferente tamaño y forma dependiendo del producto final (barquillos, tortas, cucuruchos...). Otra parte importante del espacio estaba dedicada a almacenar los baldes en los que realizar las mezclas y, por supuesto, la materia prima necesaria para la elaboración de los barquillos, esto es, principalmente sacos de harina y azúcar.

Aunque el lugar de trabajo era tranquilo y espacioso, también contaba con el inconveniente de las ocasionales crecidas del río. Sainz explicaba que cuando el Arga se desbordaba llegaban a pasar verdadero miedo. Así fue en la riada de diciembre de 1960, cuando el agua alcanzó hasta un metro de altura en el obrador. Además de mojar el carbón, la leña, y los sacos de harina y azúcar, hubo que estar varios días sin poder trabajar siquiera. En 1952 también se dio otra inundación importante, pero por suerte estos eran episodios esporádicos que se daban solo ocasionalmente.

Ramona consideraba que la producción de barquillos no era una tarea especialmente complicada, pero advertía que requería mucho tiempo porque su realización manual no permitía ir a un ritmo de trabajo muy rápido. En resumidas cuentas, para llenar una barquillera había que

2. *El Pensamiento Navarro*, 5-9-1956, 2-2-1962 y 25-7-1962. *Diario de Navarra*, 1-8-1963. *Arriba España*, 12-9-1974.

estar toda una jornada trabajando. En una cubeta, con la ayuda de un cucharón, se mezclaba una de azúcar por dos de harina y después se le añadía agua hasta que la masa quedara casi líquida.

También se echaba una pizca de canela, lo que le daba al barquillo un aroma y un toque especial. Sin embargo, Sainz mostraba su pesar porque el azúcar de los últimos años endulzaba en menor medida que antaño. Para reforzar su afirmación, ponía como ejemplo que cada vez era necesario echar más cantidad de azúcar al café para que este tuviera algo de dulzor.

Una vez calentadas las planchas, se untaban las caras interiores con un poco de aceite y se vertía la masa en una de ellas. Tras cerrar las planchas, eran introducidas al fuego y, prácticamente al momento, la tonalidad blanquecina de la mezcla se tornaba dorada. En ese punto del proceso había que llevar a cabo la operación que daba al barquillo su característica forma de canuto. Para ello se utilizaba un pequeño palo, de unos diez centímetros de largo, con un extremo más grueso que el otro y se enrollaba en él la pasta, dando como resultado un barquillo redondo y tostado. Para finalizar, antes de proceder a confeccionar un nuevo barquillo, se limpiaban con trapos los restos de masa que pudieran haber quedado en las planchas.

Los Martínez-Sainz también elaboraban galletas por encargo de los vendedores que se instalaban en distintas ferias y mercados. El proceso era similar al de los barquillos, pero el azúcar no se vertía a la masa, sino que se aplicaba después para colorear la galleta. Posteriormente, los encargados de estos puestos solían rellenarlas de coco. Los bares y heladerías eran otros de los clientes que habitualmente les demandaban este producto.

Esta familia de barquilleros confiaba plenamente en la calidad del género fruto de su trabajo. Eran sabedores de que en Barcelona y Zaragoza había fábricas dedicadas a producir barquillos de forma industrial, pero aseguraban que al público no le gustaban en la misma medida que los artesanales. A este respecto, tenían muy claro que la sensación y el regusto que dejaba un barquillo recién hecho era incomparable al producido en las plantas industriales, por lo que aseguraban que los distribuidos por ellos eran confeccionados en el mismo día, circunstancia esta que reivindicaban con orgullo.

Esta filosofía de trabajo, basada en dar el gusto al cliente, es la que primaba en la concepción de aquella pequeña sociedad familiar. Dicho planteamiento quedaba patente en la leyenda —*Viva el placer de mis parroquianos*— que mostraban las barquilleras en las que guardaban la mercancía. La barquillera, también denominada popularmente como bombo o garrafa, surgió en Francia a finales del siglo XVII y, aunque inicialmente eran de madera, acabaron realizándose en hojalata o latón, material menos pesado y, por lo tanto, más fácil de transportar.

Las dimensiones de estos recipientes eran variables. Por lo general, tenían entre los setenta y noventa centímetros de altura y en torno a los treinta o cuarenta de diámetro. Hay que tener en cuenta que el tamaño de la barquillera estaba directamente relacionado con el peso de la misma. Una garrafa podía pesar unos diez kilogramos vacía y tener capacidad para otros seis de barquillos, lo que en total suponía una carga más que considerable a la hora de desplazarse con ella. Para el transporte de la barquillera se disponía de unas correas que permitían su colocación en la espalda de la vendedora (Navajas, 2017, p. 4).

La tapa de las garrafas era una ruleta formada por un círculo de barrotes por los que pasaba una varilla sujeta al eje central de la plataforma. Había varias modalidades de juego con la ruleta. Unas veces el resultado determinaba la cantidad de barquillos que lograba el cliente por una cantidad fija de dinero, y otras suponía incrementar con una o varias unidades extras el número adquirido en función del número o color en el que recaía la varilla. Así mismo, el juego podía hacerse extensible a varios consumidores, y en esas ocasiones era el que perdía quien debía asumir el pago de los barquillos para todos los participantes. Si bien en un principio esta finalidad de la rueda no fue un asunto problemático, hubo quien se valió de ella para realizar apuestas exclusivamente monetarias de carácter ilícito, lo que acabó conllevando la prohibición de su uso.

Ramona manifestaba haber conocido el juego de la ruleta en vigencia durante su estancia en Bizkaia, no así en Pamplona, donde este uso de la rueda giratoria no estaba autorizado a su llegada a la ciudad. La barquillera decía desconocer las causas de dicha prohibición, la cual tenía entendido había sido decretada por Joaquín Viñas, alcalde en distintas legislaciones de las dos primeras décadas del último siglo. Sin embargo, al margen de la postura más o menos

beligerante contra el juego que pudo haber mantenido Viñas y como hemos visto con antelación, al menos desde comienzos del siglo XVIII hay constancia de legislación municipal contra el manejo de la ruleta.

Todo indica que la postura del Consistorio varió poco en lo relativo a esta cuestión desde ese momento. Las Ordenanzas de Policía Urbana de la Ciudad de Pamplona de 1872, así como el nuevo proyecto esbozado en 1897 y promulgado definitivamente en 1898, reafirmaban que quedaba “terminantemente prohibido establecer en la vía pública rifas o juegos de envite o azar”. La revisión de la hemeroteca de finales de ese siglo sirve para constatar que los tribunales no permanecían impasibles ante el quebrantamiento de la normativa y, en el caso particular de los barquilleros, son varias las referencias encontradas en las que se informa sobre las denuncias recibidas por estos.

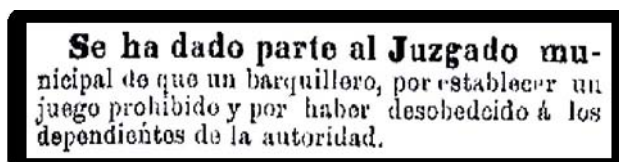


Figura 3
Lau-buru, 10 de marzo de 1885

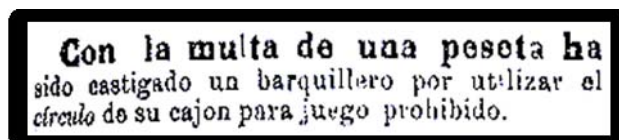


Figura 4
Lau-buru, 12 de junio de 1885

En cualquier caso, Ramona no llegó a ser testigo de estas controversias y tampoco utilizó la ruleta para dar la posibilidad a sus parroquianos de obtener más barquillos que los incluidos en el precio. Con lo que habían subido los gastos en la harina y el azúcar, no estaban en condiciones de ofrecer este tipo de recompensas eventuales. El coste de la leña y el carbón también había aumentado. En consecuencia, no se ganaba mucho con el negocio de los barquillos. Tal y como recalcaba la barquillera, “para sacar unas pesetas hay que estar todo el día trabajando”. De todos modos, sí que ocasionalmente dejaban que los niños se entretuvieran con la ruleta sin mediar ningún tipo de pago, pues era algo que les divertía mucho.

A mediados del siglo pasado el precio del barquillo era de diez céntimos cada unidad, pero, debido al referido encarecimiento del combustible y de la materia prima, pronto hubo que aumentar dicha cantidad. Se optó por no cargar en exceso el producto, sino vender más unidades a la vez, con lo que a cambio de una peseta eran siete los barquillos entregados. En la marcha del negocio influía mucho la climatología y los días lluviosos eran los peores días para la venta. En verano, en cambio, poco faltaba para despachar una garrafa entera cada jornada.

Además de la distribución a pie de calle y de cubrir las demandas recibidas desde heladerías u otros establecimientos hosteleros, los Martínez-Sainz mantenían la vieja costumbre de liquidar los recortes y cascotes sobrantes de los barquillos a la chavalería que se acercaba hasta la Casa de Barquilleros de la Rochapea. A cambio de una peseta se les daba una buena bolsa con restos de barquillos. Con todo, Ramona volvía a poner de relieve que, entre una y otra cosa, el oficio daba para ir viviendo, “un jornal o poco más”. Como ejemplo de la escasa rentabilidad de su actividad, la barquillera decía que “no nos llega ni para comprar coche”, sin duda, uno de los mejores indicadores económicos de la división entre las diferentes clases sociales en aquellos años.

La temporada de venta ambulante en la calle se extendía desde la primavera hasta que el invierno alcanzaba verdadera plenitud y la crudeza de sus días impedía una estancia prolongada en el exterior. De normal, Ramona salía a diario, pero los hombres solo los domingos o festivos. Feliciano y Salvador entre semana se hacían cargo de elaborar los barquillos necesarios

según la demanda. Los puntos de venta habituales eran el paseo de Sarasate, la Taconera y el parque de la Media Luna. No obstante, cuando apuraba el frío no se pasaba tanto tiempo en la calle, sino que se optaba por lugares y momentos en los que la clientela estaba asegurada, como las puertas de los colegios a la hora de la salida del alumnado.

En contraposición con la dinámica desplegada en los años sesenta, la actividad de los últimos barquilleros artesanos de Pamplona se minimizó considerablemente con el cambio de década. Nacida en 1895, Ramona contaba ya con una edad para la cual el trabajo en los fogones o a la intemperie no era el más recomendable. Por otro lado, el fallecimiento de Feliciano en 1973 también contribuyó a la retirada profesional de los hermanos Sainz Revuelta. En esos años, solo de forma cada vez más ocasional será posible ver a Salvador instalado con su garrafa en el paseo de Sarasate. Por su parte, la última etapa de la vida de Ramona hasta su fallecimiento en 1985 transcurrió en el popular barrio de la Txantrea.

En los noventa se dio una iniciativa personal por recuperar en estas mismas ubicaciones la venta ambulante de barquillos, los cuales, evidentemente, ya no habían sido elaborados a la antigua usanza. En cualquier caso, el meritorio intento no prosperó de forma positiva. Probablemente, para entonces se había entrado ya en una nueva fase en la que, como hoy en día, por desgracia todo iba demasiado deprisa y no había tiempo que perder en la calle. Afortunadamente, contamos con unos estupendos testimonios gráficos que nos ayudan a ilustrar visualmente la memoria de esta actividad, la cual dejó su impronta en la nomenclatura de elementos urbanos de la ciudad. Esperamos que la combinación de los datos expuestos en estas páginas con las fotografías reproducidas a continuación sirva para conocer y apreciar este desaparecido oficio en su justa medida.

3. REMEMBRANZA FOTOGRÁFICA



Figura 5

Retrato de la familia Sainz Revuelta a comienzos de los años treinta antes de recalar en Pamplona. En el centro, Ramona con un bebé en brazos.

Autoría desconocida.

Colección Familia Martínez Sainz



Figura 6

Ramona Sainz Revuelta sirve barquillos a dos pequeños acompañados de su abuelo en el paseo de Sarasate a mediados de los años sesenta.

Autoría desconocida.

Colección Familia Martínez Sainz



Figura 7

Viva el placer de mis parroquianos rezaba el lema que mostraban las barquilleras de Ramona. En la imagen, posando junto a una de ellas en el paseo de Sarasate, uno de sus habituales puntos de venta.

Autoría desconocida.

Colección Familia Martínez Sainz



Figura 8. Ramona, junto a su hermano Salvador y su marido Feliciano, en las bajeras de la Bajada del Portal Nuevo colocando las planchas de hierro en los hornillos para la cocción de los barquillos. Autoría desconocida. Colección Familia Martínez Sainz



Figura 9. El barquillero llegó a convertirse en un personaje popular al que conocidos y desconocidos apreciaban. Dos parejas se retratan con Feliciano en su puesto junto al Portal de San Nicolás en los jardines de la Taconera. Autoría desconocida. Colección Familia Martínez Sainz



Figura 10

Ramona Sainz, bien abrigada para el cambio de estación, provee de barquillos a un niño.

El período de venta ambulante se iniciaba con la primavera
y duraba hasta que el invierno llegaba de lleno.

Autoría desconocida.

Colección Familia Martínez Sainz



Figura 11

La venta ambulante también implicaba pasar ratos de escasa actividad en las que el tiempo se empleaba en algo ocioso como la lectura.

En la imagen, Feliciano Martínez repasando la prensa.

Autoría desconocida

Colección Familia Martínez Sainz



Figura 12

El cariño a la chiquillería era una cualidad importante en el oficio de barquillera, sentimiento que se volvía realmente pleno con los retoños de casa.

En la vista Ramona con su nieta Anabel.

Autoría desconocida.

Colección Familia Martínez Sainz



Figura 13
Retrato de estudio de Ramona Sainz Revuelta
portando a la espalda una de sus típicas garrafas de barquillos.
Autoría desconocida.
Colección Familia Martínez Sainz

4. RECAPITULACIÓN

La integración de los recuerdos y noticias sobre la vida y dedicación profesional de Ramona Sainz que han permanecido hasta nuestros días, con el visionado de las instantáneas atesoradas en el ámbito familiar aquí presentadas crean una especie de sinergia muy enriquecedora a la hora de entender las particularidades de este tradicional oficio. No cabe duda de que la fusión de ambos testimonios aporta un mayor conocimiento respecto al desempeño de esta constatada actividad en nuestro contexto cercano y, por extensión, contribuye asimismo a perfilar con datos locales la percepción general de la misma.

No obstante, aun siendo este uno de los propósitos que nos habíamos marcado a la hora de acometer esta semblanza, no era el mismo nuestro objetivo fundamental. Las fuentes de información orales, textuales e icónicas manejadas nos han ofrecido algo a lo que normalmente no se tiene acceso en este tipo de aproximaciones. A pesar de que Pamplona ha reconocido la labor de los antiguos barquilleros otorgándoles el nombramiento de una calle en su Casco Antiguo, los recursos con los que hemos contado, además de para poner nombre y apellidos a algunos de los representantes finales de la ocupación, han contribuido a poner rostro a la última mujer empleada en dicho cometido.

Es evidente que la inclusión en el relato de este tipo de elementos otorga al mismo una faceta más humana de la realidad abordada, algo que no siempre está en nuestras manos, pero que es necesario poner en valor y no descuidar cuando se tiene opción a ello. En definitiva, esa ha sido la motivación principal de esta presentación, esto es, aprovechar la oportunidad de acercarnos al quehacer de la barquillera Ramona Sainz de un modo más cercano y personal.

BIBLIOGRAFÍA

- ARAZURI DÍEZ, José Joaquín. *Pamplona, calles y barrios, I, A-D*, Pamplona: José Joaquín Arazuri, 1979.
- ARAZURI DÍEZ, José Joaquín. *Pamplona, calles y barrios, II, E-P*, Pamplona: José Joaquín Arazuri, 1980.
- AYUNTAMIENTO DE PAMPLONA. *Ordenanzas de Policía Urbana de la Ciudad de Pamplona*, Pamplona: Imprenta de la viuda de Azpilicueta e hijo, 1872.
- AYUNTAMIENTO DE PAMPLONA. *Proyecto de Ordenanzas Municipales de Policía Urbana*, Pamplona: Ayuntamiento de Pamplona, 1897.
- AYUNTAMIENTO DE PAMPLONA. *Ordenanzas municipales de Policía Urbana de la Ciudad de Pamplona*, Pamplona: Imprenta y librería de Bescansa. 1898.
- INSTITUCIÓN PRÍNCIPE DE VIANA. *La imprenta en Navarra*, Pamplona: Diputación Foral de Navarra, 1974.
- JIMÉNEZ, Joaquín. Usted le conoce: Ramona Sainz, barquillera. *Diario de Navarra*, nº 18.826; 1963; pp. 1-8.
- LASPEÑAS IRURZUN, Javier. *Curiosidades pamplonesas*, Pamplona: Ayuntamiento de Pamplona, 1986.
- MARZO, Pepa. Junto al río Arga se fabrican barquillos. Una pequeña industria que desaparece, *El Pensamiento Navarro*, nº 21.315, 1962; p. 2.
- NAVAJAS, María. *Modelo del mes. Los modelos más representativos de la exposición: barquillera*, Madrid: Museo del traje, 2017.
- PERALES VALDÉS, Manuel. *Anuario comercial e industrial de Navarra para 1908*, Pamplona: Imprenta de La Actividad, 1908.
- RODA HERNÁNDEZ, Paco (coord.). *Mujeres y cuidados: otra memoria fotográfica de Pamplona / Emakumeak eta zaintak: Iruñeko beste argazki-memoria bat*, Pamplona: Ayuntamiento de Pamplona, 2021.

RUBIO LÓPEZ, Julián. *Guía de Navarra: 1952-1953*, Pamplona: Editorial Navarra, 1952.

Hemeroteca:

Arriba España.

Diario de Navarra.

El Eco de Navarra.

El Pensamiento Navarro.

Lau-buru.